

# El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número veintitrés

Jeff Pippenger

2026-01-04

## Número veintitrés

En el artículo veintidós escribí: "Luego, en el capítulo once, la genealogía del pueblo elegido está representada por diez nombres desde Sem hasta Abram. El capítulo once es la historia de la torre de Babel, pero también la genealogía del pueblo elegido, tal como la representa Abraham. El capítulo once introduce a un pueblo elegido que habría de entrar en una alianza triple con Dios. El tercer y último paso fue el sacrificio de Isaac en el capítulo veintidós. El capítulo 'once' es el principio alfa y el capítulo 'veintidós' es el final omega. La fe requerida para oír la voz de Dios en el significado de los nombres no es diferente de la fe requerida para oír Su voz en la numeración de Su Palabra."

El capítulo once presenta el pacto de Caín y el pacto de Abel. Hemos mostrado repetidamente a lo largo de los años que las características proféticas de la torre de Babel representan un pacto falso. Después del diluvio hubo un cambio de dispensaciones: antes del diluvio se adoraba en la puerta del Edén, y después del diluvio la adoración debía ser en un altar. El altar tenía requisitos bíblicos específicos. Debía ser erigido de piedra natural, sin que ningún ser humano labrara ni cincelara la piedra. Tenía que ser piedra sobre piedra, sin mortero.

El propósito de la torre era que las cohortes de Nimrod se hicieran un nombre, lo cual representa el carácter. En la torre vemos al hombre intentando salvarse a sí mismo y elevarse como los dioses del cielo. La torre es un símbolo de una iglesia que piensa que puede salvarse a sí misma, y que piensa que debe ser exaltada, como hacen los diez reyes en el Salmo 83, cuando levantan la cabeza papal en la malvada confederación de la profecía bíblica, que tiene lugar en la ley dominical.

Un cántico o salmo de Asaf. No guardes silencio, oh Dios; no calles ni te quedes quieto, oh Dios. Porque, he aquí, tus enemigos alborotan; y los que te aborrecen han alzado la cabeza. Salmos 83:1, 2.

El mundo acababa de ser destruido por el diluvio de Noé, y la razón por la que Dios señaló el cierre del tiempo de prueba para el mundo antediluviano fue que los pensamientos del hombre se habían vuelto continuamente malos. La Biblia habla de la unidad de diversas maneras, una de las cuales es "ver las cosas de la misma manera". ¿Andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?

Ahora os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. 1 Corintios 1:10.

Cuando Dios confundió las lenguas en el juicio sobre el reino de Nimrod, esto indica que antes de la confusión todos estaban unidos y, por lo tanto, compartían el mismo carácter, y ese carácter era

una religión basada en obras humanas, en contraposición a aquellos, en ese mismo capítulo, que están representados por Abraham. Sem fue un alma fiel en los días de Nimrod. Los historiadores señalan a Sem como quien mató a Nimrod, el poderoso rebelde delante del Señor. El argumento se sostiene sin las ideas de los historiadores, porque Sem es un hombre del pacto, que remonta su linaje a Noé, un hombre del pacto, que remonta su linaje a Set, otro hombre del pacto, que entró en la historia del pacto para reemplazar a su hermano Abel, quien era otro hombre del pacto y descendiente directo de Adán.

Génesis 11 es la gran controversia entre Cristo y Satanás, en el contexto de un pacto de vida y un pacto de muerte. Nimrod representa al gran cazador delante del Señor, pues representa una iglesia que tiene muchos devotos. Abram, por medio de Sem, representa una iglesia que tiene muy pocos devotos. Sem era el hombre del pacto cuando Nimrod estaba edificando su torre, pero los dos pactos del capítulo once están representados no por Sem y Nimrod, sino por Nimrod y Abraham. Pablo identifica claramente esta regla profética.

Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando regresaba de la derrota de los reyes, y lo bendijo; a quien también Abraham dio una décima parte de todo; primeramente, por interpretación, Rey de justicia; y después también Rey de Salem, esto es, Rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía, que no tiene principio de días ni fin de vida; sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre. Consideren ahora cuán grande fue este hombre, a quien aun el patriarca Abraham dio el diezmo de los despojos.

Y ciertamente, los que son de los hijos de Leví, que reciben el oficio del sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque éstos también hayan salido de los lomos de Abraham:

Pero aquel cuyo linaje no se cuenta entre ellos recibió diezmos de Abraham, y bendijo al que tenía las promesas. Y sin contradicción alguna, el inferior es bendecido por el superior. Y aquí, hombres que mueren reciben diezmos; pero allí los recibe aquel de quien se da testimonio de que vive. Y, por decirlo así, también Leví, que recibe los diezmos, pagó diezmos en Abraham. Porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. Hebreos 7:1-10.

Hay mucha verdad presente en el tema de Melquisedec, pero simplemente señalo que Pablo enseña directamente acerca de las características proféticas de los hombres del pacto, y con eso me refiero a hombres y mujeres en el testimonio inspirado cuyo testimonio bíblico señala un hito en la línea profética del pacto de Dios con la humanidad. Pablo enseña que Melquisedec, que vivió antes de que el sacerdocio levítico fuera establecido en el Sinaí y, por lo tanto, más de cuatrocientos años antes de que existiera un sacerdocio levítico, había recibido el diezmo de Leví. Para pertenecer al sacerdocio levítico, había que ser un levita que pudiera probar su linaje de Leví. Melquisedec no podía demostrar que su linaje proviniera de la línea de Leví, pues Leví aún no había nacido.

La línea profética que representa el pacto de Dios con Adán y Eva consta en realidad de dos pactos. El primero fue un pacto de vida con una prueba sencilla. Después de la caída y de la prueba fallida,

el siguiente pacto incluyó la sangre de un cordero para proveer vestiduras. Luego estuvo el pacto de Dios con la humanidad, representado por el arco iris, Noé y el culto en el altar. Luego está Génesis once, donde comenzó el pacto de Dios con un pueblo escogido, que sería llamado el pueblo hebreo. En cada una de esas historias, los personajes bíblicos son hombres o mujeres de pacto.

En Génesis 11 se presenta el inicio del pacto de vida con un pueblo escogido, y se presenta precisamente donde Nimrod establece el pacto de muerte, simbolizado por los ladrillos y la argamasa, que eran la imitación de las piedras sin labrar y de la ausencia de argamasa, tal como lo representaba el altar. La hermana White nos informa que el altar representa a Cristo; así, la religión de Nimrod, que es una religión falsa, representa a un Cristo falso.

Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillos y cozámoslos bien. Y usaron ladrillo en lugar de piedra, y betún en lugar de mortero. Génesis 11:3.

Y si me hicieres un altar de piedra, no lo edificarás de piedra labrada; porque si alzares tu herramienta sobre él, lo profanarás. Éxodo 20:25.

Estamos en peligro de mezclar lo sagrado con lo común. El fuego santo de Dios ha de emplearse en nuestros esfuerzos. El verdadero altar es Cristo; el verdadero fuego es el Espíritu Santo. Esta es nuestra inspiración. Solo cuando el Espíritu Santo guía y dirige a un hombre, este es un consejero digno de confianza. Si nos apartamos de Dios y de sus escogidos para consultar en altares extraños, se nos responderá conforme a nuestras obras. Mensajes Selectos, tomo 3, 300.

Entre otras verdades, una de las lecciones que se desprende proféticamente de Génesis 11 es que representa el comienzo de una línea profética. El diluvio de Noé marca una separación profética. Cuando Noé salió del arca, iba a haber un nuevo método de adoración, y el método de adoración siempre produce dos clases de adoradores, como se presenta en la historia de Caín y Abel. Génesis 11 es un nuevo mundo, con una historia del comienzo que se convierte en el relato fundacional de la historia del fin, cuando el pueblo del pacto de Dios de los últimos días llama a los obreros de la hora undécima a salir de Babilonia durante la crisis de la ley dominical. Nimrod es el hombre de pecado durante la crisis de la ley dominical, y Sem, quien es Abraham, es el hombre de Dios en esa misma crisis. La dispersión y la confusión de lenguas de Génesis 11 comenzaron poco después de que Noé saliera del arca. El tema del capítulo 11 son los dos pactos, y la historia llega a su conclusión cuando el tercer paso del pacto abrahámico se presenta en el capítulo 22.

El capítulo once es la historia alfa de la línea de Abraham que alcanza su historia omega en el capítulo veintidós. La historia inicial de la Babel de Nimrod y la historia final de la ofrenda de Isaac, ambas representan el juicio final sobre la humanidad. La línea comienza en la torre de Nimrod y se extiende hasta la ofrenda de Isaac, y la línea culmina en dos ofrendas opuestas. La ofrenda de Nimrod recibe el juicio ejecutivo de Dios, y el juicio de Abraham recibe la bendición de Dios. Nimrod es el alfa del capítulo once y Abraham es el omega del capítulo veintidós. El omega siempre es mayor, al menos veintidós veces según el alfabeto hebreo, y el poder manifestado al confundir las lenguas y dispersar a las naciones por toda la tierra fue ampliamente superado por el

poder de la cruz. La torre de Nimrod representa las Torres Gemelas del 11-S y la ofrenda de Isaac representa la ley dominical.

La línea del pacto con un pueblo elegido comienza con el símbolo del número once y termina con el símbolo del número veintidós. La línea concluye en el cierre del tiempo de prueba en la historia alfa de Nimrod y también en la historia omega de Abraham. La misma historia de Nimrod y Abraham se expone en el primer libro de la Biblia, y se enmarca en el contexto de levantar los escombros de la destrucción muy reciente del diluvio de Noé. En el primer libro de la Biblia, la ilustración de los dos pactos proporciona dos testigos que exponen el cierre del tiempo de prueba en la línea desde el capítulo once hasta el veintidós.

El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, sea santo todavía. Apocalipsis 22:11.

Nimrod sigue siendo injusto e inmundo, y Abraham sigue siendo justo y santo, tal como se identifica en el alfa de Génesis 11-22, y también en la omega de Apocalipsis 22:11. Poco antes de que se cierre el período de prueba, en el versículo 10 se hace una proclamación: no selles las palabras de la profecía de este libro. En el versículo siguiente, justo antes de que se cierre el período de prueba, hay una profecía en Apocalipsis que ha de ser desellada. Dos versículos después del versículo once, Cristo da la llave para desellar esa profecía.

Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí, yo vengo pronto; y mi recompensa conmigo, para dar a cada uno según sea su obra.

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Apocalipsis 22:10-13.

El capítulo veintidós es el capítulo omega de toda la Biblia, y la clave para abrir la profecía de Apocalipsis que está sellada es el principio que Cristo identificó por encima de todos los demás en el capítulo uno de Apocalipsis. El capítulo uno es la primera letra del alfabeto hebreo, y el capítulo veintidós es la última. En los versículos del nueve al once del capítulo uno, Juan se presenta e identifica a Cristo como Alfa y Omega.

Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último; y lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea. Apocalipsis 1:9-11.

En el versículo 11, Juan está en Patmos, pero en el versículo 12 se da la vuelta y, a partir de allí, está en el santuario celestial. Así, en los versículos 9 al 11 encontramos el testimonio de Juan, que identifica a Jesús como el Alfa y la Omega, algo que Jesús ya se había aplicado a sí mismo en el versículo 8:

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, el que era y el que ha de venir, el Todopoderoso. Apocalipsis 1:8.

En el versículo ocho, Juan está escribiendo lo que oyó a Cristo decir acerca de sí mismo. En los versículos nueve al once, es Juan quien habla de sí mismo. Eso representa dos testigos en los primeros once versículos que identifican a Cristo como el Alfa y la Omega. Los versículos nueve al once constituyen su propia unidad de pensamiento. Aunque conectados con todo el capítulo, en estos versículos Juan habla de sí mismo, mientras que, en los versículos cuatro al ocho, Juan habla en nombre de la Deidad a Sus iglesias. El versículo cuatro inicia una unidad de pensamiento que termina en el versículo ocho. Esto se reconoce por los rasgos iniciales de Cristo, el que fue, es y ha de venir, identificados en el versículo cuatro y luego nuevamente en el versículo ocho.

Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, de parte del que es, y que era, y que ha de venir; y de los siete Espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sean la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes; y todo ojo le verá, y también los que le traspasaron; y todas las tribus de la tierra se lamentarán por él. Sí, amén.

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, y el que era, y el que ha de venir, el Todopoderoso. Apocalipsis 1:4-8.

Los tres primeros versículos del capítulo uno presentan el Apocalipsis de Jesucristo, que se desella justo antes de que se cierre el período de prueba, porque el versículo tres dice: "el tiempo está cerca". "El tiempo está cerca" es la misma declaración del versículo diez del capítulo veintidós, que dice: "no selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca". La profecía que se desella es el Apocalipsis de Jesucristo.

El versículo cuatro da comienzo al desellamiento, y el versículo cuatro comienza con el testimonio de Juan: «Yo, Juan», y luego, en el versículo ocho, es Cristo quien se identifica. Un testigo humano en el primero de los cinco versículos y un testigo divino al final. El versículo cuatro identifica al Padre Celestial como aquel que «es, y que era, y que ha de venir». El versículo ocho identifica a Cristo como aquel que «es, y que era, y que ha de venir».

La clave para desellar la Revelación de Jesucristo es el principio de alfa y omega. Como el primero y el último, Cristo también existe en el presente, aunque estuvo en el pasado y estará en el futuro. El hecho de que Jesús y el Padre sean ambos el mismo Dios que era, que es y que ha de venir es otra presentación de Cristo como Alfa y Omega. Él es el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin, y estuvo en el principio y estará en el fin. Las "llaves" del reino, que se le dan a la iglesia en Cesarea de Filipo, son también la "llave" puesta sobre el hombro de Eliacim en Isaías 22:22. El Alfa del libro del Apocalipsis es el capítulo uno y la Omega es el capítulo veintidós, por lo que encontramos todo el alfabeto hebreo en los capítulos del Apocalipsis. El capítulo trece representa la rebelión de los Estados Unidos y, posteriormente, la del mundo. El capítulo uno presenta a Cristo como Alfa y Omega, y el capítulo veintidós identifica la misma

verdad, pero en relación con el desellamiento mencionado en el capítulo uno. Los capítulos uno, trece y veintidós representan las tres letras hebreas que juntas forman la palabra "verdad".

En el capítulo veintitrés de Mateo, Jesús pronuncia ocho ayes contra los fariseos y saduceos. En el versículo final del capítulo veintidós, la interacción de Cristo con los judíos discutidores terminó con el enigma de David, un enigma que solo puede resolverse si se entiende el principio de alfa y omega.

Mientras los fariseos estaban reunidos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo?  
¿De quién es hijo?

Le dicen: El Hijo de David.

Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?

Y nadie pudo responderle palabra, ni desde aquel día ninguno se atrevió a hacerle más preguntas. Mateo 22:41-46.

La conclusión del capítulo veintidós identifica un hito de la historia del pacto. Jeremías también aborda esta línea de verdad:

La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Ponte en la puerta de la casa del Señor, y proclama allí esta palabra, y di: Oíd la palabra del Señor, todos los de Judá que entráis por estas puertas para adorar al Señor. Así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Enmendad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré habitar en este lugar. No confiéis en palabras mentirosas, diciendo: El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor, son estos.

Porque si de veras enmendáis vuestros caminos y vuestras obras; si de veras ejecutáis justicia entre un hombre y su prójimo; si no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, y no derramáis sangre inocente en este lugar, ni andáis tras otros dioses para vuestro mal; entonces os haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres, para siempre jamás. He aquí, confiáis en palabras mentirosas que no aprovechan. ¿Robáis, matáis y cometéis adulterio, y juráis en falso, y quemáis incienso a Baal, y andáis tras otros dioses que no conocéis; y venís y os presentáis delante de mí en esta casa, que es llamada por mi nombre, y decís: Hemos sido librados para hacer todas estas abominaciones?

¿Se ha convertido esta casa, que lleva mi nombre, en una cueva de ladrones a vuestros ojos? He aquí, yo mismo lo he visto, dice el Señor. Pero id ahora a mi lugar que estaba en Silo, donde puse mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel.

Y ahora, porque habéis hecho todas estas obras, dice el Señor, y os hablé, madrugando y hablándoos, pero no oísteis; y os llamé, pero no respondisteis; por tanto, haré con esta casa, que es llamada por mi nombre, en la cual confiáis, y con el lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice con Silo. Y os echaré de mi presencia, como eché a todos vuestros hermanos, toda la descendencia de Efraín. Por tanto, no ores tú por este pueblo, ni levantes por

ellos clamor ni oración, ni intercedas ante mí, porque no te oiré. Jeremías 7:1-16.

Se le dijo a Jeremías que no orara por el antiguo Israel, pues habían llegado a un punto sin retorno, al igual que los judíos discutidores al final del capítulo veintidós. Cuando Moisés (un hombre del pacto) se enfrentó a la decisión de Dios de destruir al pueblo del pacto elegido, Moisés intercedió en oración. En el capítulo siete, a Jeremías se le dice que no ore por ese mismo pueblo del pacto. La historia profética de Silo se identifica como la evidencia, línea sobre línea, de que Dios rechaza a un pueblo del pacto elegido cuando su pecado llega a un punto sin redención, tal como se expresa en un versículo.

Efraín está unido a los ídolos: déjalo. Oseas 4:17.

En la historia del pacto, el punto en que Dios pone fin a Su relación de pacto es un hito específico. El rechazo del informe de Josué y Caleb, que marca la décima prueba, es otro ejemplo. A Jeremías también se le dice que no ore por este pueblo unos capítulos después.

Por tanto, no ores tú por este pueblo, ni levantes clamor ni oración por ellos; porque no los escucharé en el tiempo en que clamen a mí por su aflicción. Jeremías 11:14.

En el capítulo siete, el vomitar a los laodicenses en la ley dominical, como lo representa el simbolismo de Shiloah, está identificando lo que Él "hará" en un futuro cercano.

Por tanto, haré a esta casa, que es llamada por mi nombre, en la cual confiáis, y al lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo. Y os echaré de delante de mi rostro, como eché a todos vuestros hermanos, toda la simiente de Efraín. Por tanto, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni hagas intercesión delante de mí; porque no te oiré. Jeremías 7:14-16.

En el capítulo once, el mandato de no orar trata del temor que se apoderará de los laodicenses cuando se encuentren en el tiempo de angustia que sigue a la ley dominical. El temor que experimentan se enmarca en la historia de su rechazo del pacto.

Oíd las palabras de este pacto, y hablad a los varones de Judá y a los habitantes de Jerusalén; y diles,

Así dice el Señor Dios de Israel;

Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto, que mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciendo: Oíd mi voz y haced conforme a todo lo que os mando; y así seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios; para cumplir el juramento que juré a vuestros padres, de darles una tierra que fluye leche y miel, como en este día.

Entonces respondí y dije: Así sea, oh Señor. Entonces el Señor me dijo,

Proclamad todas estas palabras en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, diciendo: Oíd las palabras de este pacto y hacedlas. Porque con insistencia amonesté a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, hasta hoy, madrugando y amonestando, diciendo:

Obedeced mi voz. Pero no obedecieron ni inclinaron su oído, sino que cada uno anduvo en la imaginación de su corazón maligno; por tanto, traeré sobre ellos todas las palabras de este pacto, que les mandé poner por obra; pero no las pusieron por obra.

Y el Señor me dijo: Se ha hallado una conspiración entre los hombres de Judá y entre los habitantes de Jerusalén. Se han vuelto a las iniquidades de sus antepasados, que rehusaron escuchar mis palabras; y fueron en pos de otros dioses para servirles: la casa de Israel y la casa de Judá han quebrantado mi pacto que hice con sus padres.

Por tanto, así dice el Señor: He aquí, traeré mal sobre ellos del cual no podrán escapar; y aunque clamen a mí, no los escucharé. Entonces las ciudades de Judá y los habitantes de Jerusalén irán y clamarán a los dioses a quienes ofrecen incienso; pero no los salvarán en el tiempo de su aflicción. Porque conforme al número de tus ciudades fueron tus dioses, oh Judá; y conforme al número de las calles de Jerusalén habéis levantado altares a esa cosa vergonzosa, altares para quemar incienso a Baal.

Por tanto, no ores por este pueblo, ni levantes clamor ni oración por ellos; porque no los oiré en el tiempo en que clamen a mí por su aflicción. Jeremías 11:1-14.

La resurrección de los candidatos, para estar entre los ciento cuarenta y cuatro mil, se identifica en Apocalipsis 11:11; y su reunión final se identifica en Isaías 11:11; y la línea externa del dragón, la bestia y el falso profeta se identifica en Daniel 11:11; el juicio de la ley dominical sobre la cizaña se identifica en Ezequiel 11:11 y el castigo y el temor que vienen sobre las vírgenes insensatas se identifican en Jeremías 11:11.

El mandato de no orar por este pueblo es el hito en los últimos versículos de Mateo capítulo veintidós, y el capítulo veintitrés identifica ocho ayes sobre el Adventismo. El capítulo veintitrés es o bien el 22 de octubre de 1844, o la ley dominical. Ambos hitos son un cumplimiento del matrimonio, y el matrimonio es entre una esposa y un esposo, que se unen en una sola carne. La consumación del matrimonio representa la expiación, o "ser uno". El hombre fue creado a imagen de Dios, y Él creó varón y hembra. Su descendencia está representada por veintitrés cromosomas del varón y veintitrés de la mujer. Juntos, sus cuarenta y seis cromosomas forman el templo. Cada individuo es un templo, ¿acaso no sabéis que sois el templo del Señor?

La consumación del matrimonio, cuando ambos se hacen uno, es la combinación de dos templos de veintitrés, para formar un templo de cuarenta y seis. Cristo es quien edifica el templo, y Él edifica Su iglesia como el templo femenino que ha de unirse con Su templo masculino. La conexión es cuando el templo humano se une con lo Divino en el Lugar Santísimo del templo de Dios. "Veintitrés" es un símbolo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, y esa obra comenzó al final de la profecía de dos mil trescientos años. Mateo veintitrés es el pronunciamiento contra los Adventistas del Séptimo Día laodicenses, quienes son una falsificación de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Los ciento cuarenta y cuatro mil son el octavo que es de los siete, y son aquellos que son resucitados en el octavo día, y son las ocho almas en el arca de Noé; son los ocho descendientes de Set, y el sello en sus frentes fue prefigurado por la circuncisión, que se llevaba a cabo en el octavo

día. Son los sacerdotes que son ungidos para el servicio en el octavo día, y el pronunciamiento de ocho ayes sobre el adventismo en el capítulo veintitrés es un pronunciamiento contra el ocho falso.

El ay pronunciado sobre las vírgenes insensatas está precedido por el sellado del pueblo de Dios en el versículo final del capítulo veintidós. El capítulo veintidós se alinea con el capítulo veintidós de Génesis, porque el primer libro del Antiguo Testamento tipifica el primer libro del Nuevo Testamento. En el corazón de la línea profética que va del capítulo once al capítulo veintidós de Mateo, que comprende doce capítulos, el sexto de esos doce capítulos es el capítulo dieciséis, donde el nombre de Simón Barjona fue cambiado a Pedro.

Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mateo 16:18.

Hay 459 versículos en Mateo, del capítulo once al veintidós. El versículo central es el versículo diecisiete del capítulo dieciséis, pero ese versículo no puede separarse de los versículos dieciocho y diecinueve, porque constituyen una sola afirmación.

Y Jesús respondió y le dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque ni la carne ni la sangre te lo revelaron, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desates en la tierra será desatado en el cielo. Mateo 16:17-19.

El mismo centro de los capítulos once al veintidós es la declaración de pacto fundacional para el cristianismo. En esa declaración, el nombre de Simón se cambia a Peter, lo cual, cuando aplicas la posición numérica que ocupa cada letra del idioma inglés (por ejemplo, "a" es uno y "z" es veintiséis), encuentras que "p" es 16, "e" es 5, "t" es 20, otra "e" es 5 y "r" es 18. Cuando multiplicas  $16 \times 5 \times 20 \times 5 \times 18$  es igual a 144.000, y la referencia al cambio de nombre de Peter, un símbolo de relación de pacto, se encuentra en el capítulo 16 versículo 18, y la primera letra de Peter es el número 16 y la última letra es el número 18. Todo esto está en el centro de doce capítulos que comienzan con el símbolo del once y terminan con el símbolo del veintidós.

Esa línea también se encuentra en Génesis, capítulos del once al veintidós, y en esa línea hay 305 versículos, lo que identifica el capítulo diecisiete, versículo once, como el centro de esa línea. Esa línea de doce capítulos del primer libro del Antiguo Testamento identifica el pacto con Abraham y representa la línea alfa que se encuentra con la línea omega en los mismos capítulos del primer libro del Nuevo Testamento. El centro de la línea omega en Mateo es el punto culminante de la relación de pacto de los ciento cuarenta y cuatro mil, que son la señal del pacto que se levanta en la ley dominical. El versículo central de la línea de Génesis identifica no solo el versículo central, sino también el segundo, o paso intermedio, del pacto triple con Abraham y, con igual importancia, la señal del pacto.

Y circuncidaréis la carne de vuestro prepucio; y será por señal del pacto entre mí y vosotros. Génesis 17:11.

Continuaremos con estos temas en el próximo artículo.

Entonces, mientras barría la suciedad y la basura, las joyas falsas y la moneda falsa, todo se elevó y salió por la ventana como una nube, y el viento se lo llevó. En el alboroto cerré los ojos un momento; cuando los abrí, la basura había desaparecido por completo. Las joyas preciosas, los diamantes, las monedas de oro y de plata yacían esparcidos en profusión por toda la habitación.

Entonces puso sobre la mesa un cofre, mucho más grande y más hermoso que el anterior, y recogió las joyas, los diamantes y las monedas a manos llenas, y los echó en el cofre, hasta que no quedó ninguno, aunque algunos de los diamantes no eran más grandes que la punta de un alfiler.

Entonces me pidió: 'Ven y ve'.

"Miré dentro del cofre, pero mis ojos quedaron deslumbrados al verlo. Brillaban con diez veces su antigua gloria. Pensé que habían sido restregadas en la arena por los pies de aquellas personas malvadas que las habían esparcido y pisoteado en el polvo. Estaban dispuestas en hermoso orden en el cofre, cada una en su lugar, sin que se notara esfuerzo alguno por parte del hombre que las echó dentro. Grité de gran gozo, y ese grito me despertó." Primeros escritos, 83.

"Estás poniendo la venida del Señor demasiado lejos. Vi que la lluvia tardía venía [tan repentinamente como] el clamor de medianoche, y con diez veces más poder." Spalding and Magan, 5.

Y en todo asunto de sabiduría y entendimiento sobre el cual el rey les preguntó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino. Daniel 1:20.